



A0366

01/02/1998

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, AL RECIBIR EL PREMIO FRANZ JOSEF STRAUSS, CONCEDIDO POR LA FUNDACIÓN HANNS SEIDE

Munich, 01-02-98

Señor Presidente de la CSU y Ministro Federal de Finanzas, querido amigo Theo Waigel, Ministro Presidente Stoiber, señor Presidente de la Fundación Hans Seidel, señoras y señores,

Antes de entrar a hacer algunos comentarios y reflexiones, y agradecer su premio, quiero que me dejen darles las gracias a todos, y muy especialmente a Theo Waigel y a Edmund Stoiber, por las palabras que han dicho de ayuda y de solidaridad con los españoles y con el Gobierno español en la lucha contra el terrorismo.

A veces, los dirigentes políticos tenemos dificultades para decir lo que sentimos. Yo les quiero decir a todos ustedes hoy lo que siento. Les hablo con dolor, pero no les hablo desde el desánimo. Hablo con profunda gratitud a todos los españoles que ayer, una vez más, en muchas ciudades de España, se lanzaron a la calle a pedir paz y a defender su libertad y su democracia. Y hablo también con la gratitud para nuestros amigos, que saben comprender la extraordinaria dureza de la lucha contraterrorista.

Los terroristas quieren destruir la libertad, quieren destruir la democracia, quieren desgarrar nuestro país. Y para eso han asesinado a muchas personas, y ahora golpean de manera terrible a representantes del Partido Popular.

Han dicho Theo Waigel y Edmund Stoiber una cosa muy importante, y es que no se puede distinguir entre medios y fines. Son, sencillamente, criminales, y los designios de los criminales jamás vencerán.

El pueblo español sabe dónde está y el Gobierno también. No nos animan ni el rencor, ni el odio, ni la venganza; simplemente, nos anima el deseo de mantener nuestra libertad, nuestra convivencia pacífica y nuestro país en paz y en progreso y, naturalmente, que se haga justicia sobre todos aquellos que están llevando tanto dolor, hace tanto tiempo, sin ningún sentido, a los españoles y a tantas familias de España.

Muchas gracias por su apoyo, muchas gracias por su solidaridad, que siempre la hemos tenido y que agradecemos de una manera muy intensa y muy expresa.

Señoras y señores,

Mi relación con la CSU y con la Fundación Hans Seidel es casi tan vieja, casi tan antigua, como mi dedicación a la política activa. A mí me ocurre aquí como a cualquier español, y es que siento en Baviera el aire mediterráneo. Digo el "aire"; no crean ustedes, que en el Mediterráneo también hace frío, sí. Si ustedes me disculpan, yo quiero acudir al tópico para decirles que estoy como en casa, que me siento como en casa, e inmediatamente añadir que lo digo, además, de corazón.

Me honra y me estimula este Premio, pero lo mejor es que también me ofrece una oportunidad: una oportunidad para explicarles cómo veo yo la España de hoy y los asuntos que compartimos con los demás europeos.

Quizás deba hablarles, en primer lugar, de mi generación, la de los españoles que estamos en torno a los 40; unos por abajo y otros, como yo, ya por arriba. En mi opinión, el triunfo del Partido Popular en las últimas elecciones ha sido tanto un relevo generacional como un cambio político. Los quince años que nos separan de los que nos precedieron en el Gobierno son los que Ortega y Gasset consideraba como la distancia entre dos generaciones sucesivas.

Estoy a punto de cumplir 45 años; nací, por lo tanto, catorce años después de que terminara la Guerra Civil española y comenzara la Segunda Guerra Mundial. Mi generación no vivió ni los horrores de la guerra ni los rigores más duros de la postguerra. Crecí en un país de tradiciones, que empezaba a desarrollarse muy rápidamente, fruto de su apertura económica al exterior pero que, por carecer de libertades individuales y de un sistema democrático, se encontraba políticamente aislado de Europa. Viví ilusionado y expectante la transición a la democracia. Asumí las primeras responsabilidades de mi partido en 1979; fui elegido diputado nacional por primera vez en 1982; fui Presidente de mi Comunidad, de Castilla y León, en 1987, y candidato a la Presidencia del Gobierno por primera vez en 1989.

Con ello quiero decir que mi dedicación a la política comenzó al tiempo que España iniciaba su camino democrático. Por eso agradezco a las generaciones que precedieron a la mía que la libertad, la democracia y la progresiva incorporación al orden internacional y a las instituciones europeas hayan sido para nosotros realidades cotidianas.

La amistad con la que siempre nos ha distinguido la Fundación Hans Seidel alcanza con este premio una cota y una temperatura muy elevada. Un premio que me honra y que me llena de satisfacción, sobre todo, porque en él se reconoce a la generación que ya ha asentado la democracia en nuestro país, que está aportando algo nuevo y algo distinto al proyecto común que es España y que es Europa.

Hace diez años yo hice mi segundo viaje a Baviera, y tuve la oportunidad de conocer y de hablar con Franz Josef Strauss. Me recibió en su despacho oficial; volvía de tener una reunión muy importante con el entonces máximo dirigente de la todavía Unión Soviética, Mijail Gorbachov. Tuvo la amabilidad de contarme su conversación con Gorbachov, y añadió una cosa muy importante; me dijo: "sinceramente, creo que en Europa ya no va a haber guerra".

Le agradecí mucho sus impresiones y esa conversación y, en un momento de la misma, él me miró y me dijo: "¿cuántos años tiene?" Yo le contesté: "treinta y cinco". Me dijo: "con treinta y cinco años, ¿es usted ya Presidente de una Comunidad Autónoma, de una región?". Y yo le dije: "pues, sí". Y él me preguntó: "y, cuando tenga mis años, ¿usted qué va a ser?". Yo le dije: "creo que habré sido varias veces Presidente del Gobierno de España". Mi miró y me deseó mucha suerte.

Le he agradecido mucho siempre ese buen designio de Franz Josef Strauss. Y ahora me puedo dedicar, también desde la Presidente del Gobierno, a ver los resultados del trabajo de Franz Josef Strauss, del que siempre me impresionó su trabajo duro e ilusionado por fundar, después de la guerra, este gran partido de la CSU.

De su época de juventud, quiero destacar el tesón constante por solucionar los problemas más íntimamente humanos de sus conciudadanos, como demostró con gran inteligencia y dedicación en años muy difíciles. Creo que uno de los méritos más importantes de Strauss fue su contribución a la implantación del concepto de la economía social de mercado, que entonces y durante décadas sirvió para resolver con eficacia los problemas de una sociedad. En esta idea se conjugaron la necesaria libertad de empresa, que es cauce por donde circula la creatividad de las empresas y el

compromiso ético que debe impregnar toda acción humana y, por ello, también la política y la economía.

El inmenso trabajo de Franz Josef Strauss en las distintas responsabilidades que asumió estaba guiado por una defensa clara de unas pautas permanentes: la libertad individual frente a la amenaza totalitaria; la contribución, sin reservas, de Baviera al proyecto alemán común; la paz en Europa mediante la colaboración permanente; el anclaje de los Estados Unidos en la defensa europea y la apuesta por un progreso económico compatible con la naturaleza.

En este momento, cuando se nos acerca un futuro lleno de oportunidades y buenos augurios, no podemos despreocuparnos de justificar los motivos que guían nuestros actos. Somos muchos, y lo ha recordado aquí Theo Waigel, los que procedemos de la misma familia política en la que Strauss vivió su servicio público. El Partido Popular español contribuye con ilusión y con entrega, junto con sus amigos alemanes, a desarrollar y a adaptar los ideales comunes a los desafíos de nuestro tiempo.

El futuro nos exige mucho trabajo en común, porque debemos superar viejos esquemas, afrontar con decisión la realidad, proponer las reformas necesarias para nuestra sociedad, forjar mayorías, en nuestras comunidades, en nuestras naciones, en el Parlamento Europeo.

Yo estoy convencido de que nuestros esfuerzos serán recompensados. Por eso deseo a nuestros colegas, a nuestros amigos, alemanes, bávaros, con quienes compartimos tantos ideales desde hace tanto tiempo, mucho éxito, muy sincero éxito, gran éxito, en las próximas citas electorales.

A españoles y a alemanes no sólo nos une la realidad actual, no sólo los proyectos del mañana; también el pasado. España y Alemania --aquí ha sido recordado muy brillantemente por el Archiduque Otto de Habsburgo-- han sido naciones siempre entrelazadas por la Historia. Conmemoraremos dentro de dos años una fecha llena de significado: los cinco siglos del nacimiento del Emperador Carlos V. Nuestros dos pueblos consideran su inmensa obra como algo suyo, como un signo de identidad compartido que desborda cualquier localismo.

Quizás sea este pasado el origen profundo de la simpatía mutua que sienten alemanes y españoles. En las últimas décadas, esta amistad ha encontrado un terreno fértil en el empeño conjunto de dirigir una Europa consciente de su responsabilidad en el mundo y dispuesta a mantenerse en cabeza al comienzo del siglo XXI. El noble interés y compromiso mostrado por Alemania desde el primer momento de nuestra transición contribuyó de forma muy valiosa a que el proceso de transformación democrático español fuera saludado como un cambio político que incumbía a las demás democracias occidentales.

Quiero destacar aquí la presencia amiga desde el primer momento de las fundaciones de diversos partidos alemanes y, muy especialmente, de la fundación bávara, de la fundación Hans Seidel. El Partido Popular y yo mismo no olvidaremos la ayuda y el estímulo que nos prestaron en los momentos más difíciles, y yo, personalmente, no olvidaré que, cuando prácticamente no teníamos amigos en ningún sitio, ustedes fueron nuestros únicos amigos.

Transcurridos los años, tras la plena incorporación española a las instituciones europeas, nuestras dos naciones, sus Gobiernos, sus organizaciones sociales, sus empresas, se han hecho mucho más próximas y se han hecho cada día más interdependientes. La buena imagen de cada país se ha ratificado en la opinión pública del otro.

Con catorce años hice mi primer viaje a Alemania y tuve la oportunidad de visitar el "muro de Berlín". Allí me impresionó el contraste entre la libertad de Berlín Occidental y la asfixia de lo que entonces era el Berlín Este. Dos décadas después, al cumplir los

36, el recuerdo de aquella visita me hizo vivir con emoción la caída del "muro"; un acontecimiento clave, anhelado por todos los europeos amantes de la libertad.

Al hablar de aquellas jornadas determinantes, es una satisfacción para mí recordar el papel que desempeñó el Canciller Helmut Kohl y el inequívoco respaldo de todo mi país a ese momento crucial de la historia reciente, porque la unidad europea es, por encima de todo, una idea sentida, una emoción racional con más de 2.000 años a sus espaldas; 2.000 años, que son los que tiene el mito mediterráneo, del cual surge el nombre "Europa".

Si aspiramos a que el proyecto europeo de nuestros días sea intensamente deseado por sus gentes y naciones no podemos renunciar, de ninguna manera, a ese fondo común histórico; como lo conseguido tampoco puede impedirnos emprender las reformas que nos aguardan ineludibles. Eso es lo que mi Gobierno intenta hacer en España y lo que quiere aportar de más valor a la Unión Europea.

Quiero exponerles algunas de las líneas básicas de la acción política del Gobierno que presido. Yo soy un reformista; acepto la herencia recibida, asumo sus valores y, por ello mismo, considero que continuamente debemos plantearnos si los instrumentos que utilizamos son los mejores para conseguir los fines que pretendemos.

Nosotros queremos reforzar al país antes que al Gobierno. Queremos que el Estado garantice reglas de juego, y no que se empeñe en ser un jugador permanente. Queremos que los impuestos sirvan para atender las necesidades comunes y que no impidan las iniciativas individuales. Me preocupa pensar que nuestros mecanismos de lucha contra la exclusión social puedan estar perjudicando la creación de trabajo productivo. Queremos una sociedad segura, una educación de calidad y oportunidades para todos. Queremos un sistema sanitario eficiente. Queremos una España orgullosa de sí misma y renovada en su patriotismo. Y todo ello porque creo profundamente en el individuo y en su capacidad creadora. Éste es el nervio de nuestra acción política, de nuestra acción de Gobierno.

En menos de dos años hemos obtenido logros importantes. La seriedad, el esfuerzo y una firme voluntad de reforma son para mí conceptos esenciales de la política, y especialmente en la tarea de Gobierno. Ello me ha permitido abordar con éxito la transformación necesaria para abordar el siglo próximo.

Hemos adoptado una política de estabilidad y de contención presupuestaria que ha dado unos frutos espectaculares en muy poco tiempo. El año pasado estuvimos por debajo de los niveles previstos de déficit público y este año, 1998, nos plantearemos aun metas más ambiciosas de las que teníamos previstas. También pondremos en marcha una nueva Ley Presupuestaria y reforzaremos los mecanismos de la competencia.

Hemos afrontado los procesos de privatización más ambiciosos de la historia económica de España. La privatización de empresas y la liberalización de sectores productivos reflejan una convicción profunda, y es que la riqueza y la prosperidad, que fortalecen nuestra libertad, aflorarán si estimulamos la capacidad creadora y empresarial de nuestros ciudadanos. Se trata de conseguir que todas las estructuras económicas y sociales sean lo suficientemente flexibles para hacer frente a unas circunstancias muy cambiantes; por eso hemos liberalizado las telecomunicaciones, la energía, la electricidad, el suelo, los Colegios Profesionales, etc., etc.

Las reformas estructurales que nuestro sistema económico reclamaba, en particular la reforma del sistema de pensiones y la reforma del mercado laboral, se han visto, además, acompañadas por el consenso entre las fuerzas sociales. Los españoles estamos, pues, reforzando los valores del trabajo, el rigor y la austeridad. Sabemos que ése es el camino más corto para generar más riqueza y más bienestar en nuestra sociedad. Ahora crecemos fuerte y creamos empleo.

Hemos reformado totalmente la fiscalidad sobre el ahorro y hemos cambiado de modo radical la fiscalidad de las pequeñas y medianas empresas. Vamos a afrontar este año una reforma profunda del Impuesto sobre la Renta, que lo hará más justo, más sencillo y más neutral. Es imprescindible que la política fiscal respete el ahorro privado, en un pueblo ahorrador como el mío y, además, con grandes posibilidades de inversión.

Es decir, y en resumen, estamos plenamente en condiciones de participar en la moneda única y de acoplar nuestro país al nuevo escenario que exige estabilidad, competencia y flexibilidad.

Estamos también convencidos de que mejorar la educación es lo más valioso que podemos hacer por nuestros jóvenes. Para ello no basta con ser importante la excelencia de los saberes técnicos. Las nuevas generaciones no pueden perder las referencias históricas, el amor a su lengua, el conocimiento de las artes y de las letras. Lo que convenimos en llamar Humanidades tiene, por desgracia, cada vez menos hueco en los programas de enseñanza y, sin embargo, es algo que debiera preocuparnos cada día más. Estamos también afrontando un proyecto ambicioso de reforma de nuestras Fuerzas Armadas, y hemos integrado a nuestro país en la estructura de mandos de la Alianza Atlántica, lo cual permitirá mejorar nuestra seguridad y contribuir, aún más solidariamente, a la seguridad colectiva.

Pero nuestra ambición es consecuente. Además de emprender las reformas necesarias en España, queremos contribuir a que Europa sea consciente de sus oportunidades, que sea consciente también de las limitaciones que debe superar.

Nuestras sociedades deben afrontar las pruebas con que nos examina el futuro con el brío y la creatividad de nuestra mejor historia. Sólo así sabremos dar respuesta a las cuestiones que nos urgen y que tienen una profunda preocupación universal: las migraciones, nuestra tasa baja de natalidad, el logro de un sistema eficaz que incremente el nivel de bienestar en nuestras sociedades. Si sabemos abordar éstas y otras cuestiones con el espíritu adecuado, serán una oportunidad, y no un obstáculo, para desarrollar una sociedad abierta.

Imaginar el futuro es ya crearlo un poco. Nuestra mayor honra sería que dentro de 50 años dijeran que supimos anticipar el camino. Hace casi medio siglo un español, que ya he citado al comienzo de esta intervención, Ortega y Gasset, vino a esta misma ciudad de Munich a decir, entre otras cosas, esto: "la gloria y la fuerza de la cultura europea residen en que está siempre dispuesta a ir más allá de lo que era, más allá de sí misma. La cultura europea es creación perpetua; no es una posada, sino un camino que obliga siempre a marchar".

Yo soy un europeo convencido y activo. Creo que el proyecto de la comunidad política europea es un viaje a largo plazo que vamos cubriendo con progresivos trayectos de integración económica y equilibrio territorial; pero será también el impulso de la cultura el que nos lleve a ese ideal, que hoy es algo más que una ambición y es algo menos que una realidad. Y ello se logra sin que nadie renuncie a lo esencial.

Admiro profundamente, en este sentido, la actitud de los bávaros, la actitud de ustedes, que, a fuerza de ser ustedes mismos, contribuyen con generosidad al proyecto que es Alemania y al más general, que es Europa. Un ejemplo de que no es necesario negar al vecino para reafirmarse a sí mismo.

Ante nosotros se abre un reto formidable con la ampliación de la Unión a los países europeos que hasta hace poco vivían privados de libertad. Los españoles sabemos muy bien que la incorporación al proyecto europeo es un modo de consolidar un modelo de convivencia en libertad. España desea contar con la capacidad y la ilusión de esos países para continuar desarrollando la idea de Europa.

Como dije hace unos días en Polonia, España quiere que la Unión se amplíe y quiere que sea cuanto antes, porque, ante todo, no podemos prescindir de este flanco de Europa. Hemos firmado con Polonia una declaración en la que los españoles nos comprometemos a poner nuestra experiencia negociadora a disposición de nuestros amigos polacos.

Nadie debe llamarse a engaño. Cada país defenderá sus intereses en una negociación difícil, y es bueno que esto sea así. Todos deberemos hacer los esfuerzos que la adaptación a la nueva situación exija y España es consciente de ello. Pero la ampliación tiene que propiciar una verdadera Europa de las oportunidades; éste es, quizás, el mayor desafío que tenemos planteado: crear una auténtica unión llena de oportunidades para todos los Estados miembros.

Para ello, la Unión también necesita contar con una política de cohesión; es fundamental para que todas las regiones de Europa tengan la oportunidad de unirse en una economía verdaderamente competitiva. Creo que los españoles y los alemanes hemos demostrado rigor y seriedad en la utilización de los recursos que ha ofrecido la solidaridad europea, sea en forma de subvenciones agrícolas o en recursos para la cohesión. Los beneficios han sido también para todos, porque el comercio y las oportunidades de inversión de ese esfuerzo modernizador están generando mucha prosperidad en el conjunto de Europa.

Europa puede entrar en el siglo XXI con una nueva cultura económica y fiscal firmemente arraigada que le lleve a una mayor prosperidad y a una intensa creación de empleo. La moneda de todos sólo podrá ser la moneda de la estabilidad y de la lucha permanente contra la inflación y contra el déficit excesivo. No les quepa duda de que mi Gobierno tiene el mismo empeño que el suyo para que el Euro sea tan fuerte y estable como lo es su propia moneda.

España ha realizado, y persevera en ellas, las reformas necesarias que también la Unión Económica y Monetaria exigen. Aprovecharemos la ocasión. Nuestro problema de desempleo es demasiado grave para esperar con pasividad la llegada de la moneda única. El modelo que estamos desarrollando está dando sus frutos en este terreno y continuaremos trabajando y profundizando en él.

Por fortuna, también la seguridad de nuestro continente en esta vieja Europa se basa en la existencia de una sólida alianza en defensa de los ideales democráticos que garantizan nuestra libertad. Esta alianza no sólo está viva, sino que también se ampliará para hacer más firme la misión de paz y libertad que tiene encomendada.

Comparto con mi ilustre antecesor en este premio, el doctor Kissinger, la convicción de que el vínculo trasatlántico es vital para preservar los principios y valores que han permitido crear una zona de libertad y de prosperidad sin parangón en el mundo. Es fundamental que mantengamos ese vínculo, porque los ideales europeos se extienden más allá del Atlántico. España ya lleva 500 años en esa otra orilla; España ve reflejada su propia realidad en un espejo de dos cuerpos: en uno mira su perfil europeo; en el otro, su perfil iberoamericano.

Hace una semana leí una entrevista inédita del gran escritor argentino Jorge Luis Borges, y en ella decía: "creo que los americanos somos europeos desterrados". Los españoles estamos en el mismo origen de esa relación entre tierras, que yo no quiero llamar destierro sino, más bien, búsqueda. Y hoy, como miembros de la Unión Europea, tenemos un nuevo cauce para engrandecer los contenidos de nuestra vocación histórica también hacia América.

El siglo XXI tendrá acento iberoamericano, y la voz de la libertad y de la democracia llegará sin excepción a todas sus naciones. Hemos extendido los brazos a ambos lados del mapa y expresamos ese afán de comunicación, como lo hago yo ahora mismo, con

una lengua que hablan casi 400 millones de seres humanos en más de una veintena de naciones.

Pues por todo esto vamos a seguir trabajando, y vamos a seguir aprendiendo, y vamos a seguir impulsando la idea de Europa.

Permítanme ustedes, antes de despedirme, una pequeña broma, que no está en el papel, y un pequeño párrafo, que será el último del papel.

He seguido con mucha atención los premios periodísticos que han entregado esta mañana. Hay uno por el que tengo especial interés, que es el que sirve para acentuar el amor de Europa a través del estómago. Les pido que me lo hagan llegar, porque yo creo que en la idea europea todos los caminos son muy importantes, y ése también, sobre todo cuando nos acercamos a unas horas en que conviene tenerlo en cuenta.

Yo termino y les quiero decir que un español fue el primero que empleó el vocablo "europeos" en un texto del año 732, comentando la batalla de Poitiers. Un monje de la España de aquellos años escribió en un códice que los soldados "europensis" habían hecho posible la victoria. No se conoce el nombre del inventor de la palabra; sólo sabemos que fue un español el que acuñó ese vocablo, que hoy, como siempre, estrenamos con orgullo.

Alemanes y españoles tenemos ante nosotros la tarea formidable que Goethe formuló: "ganar para poseer lo que nuestros mayores nos han legado".

Sinceramente, muchas gracias.